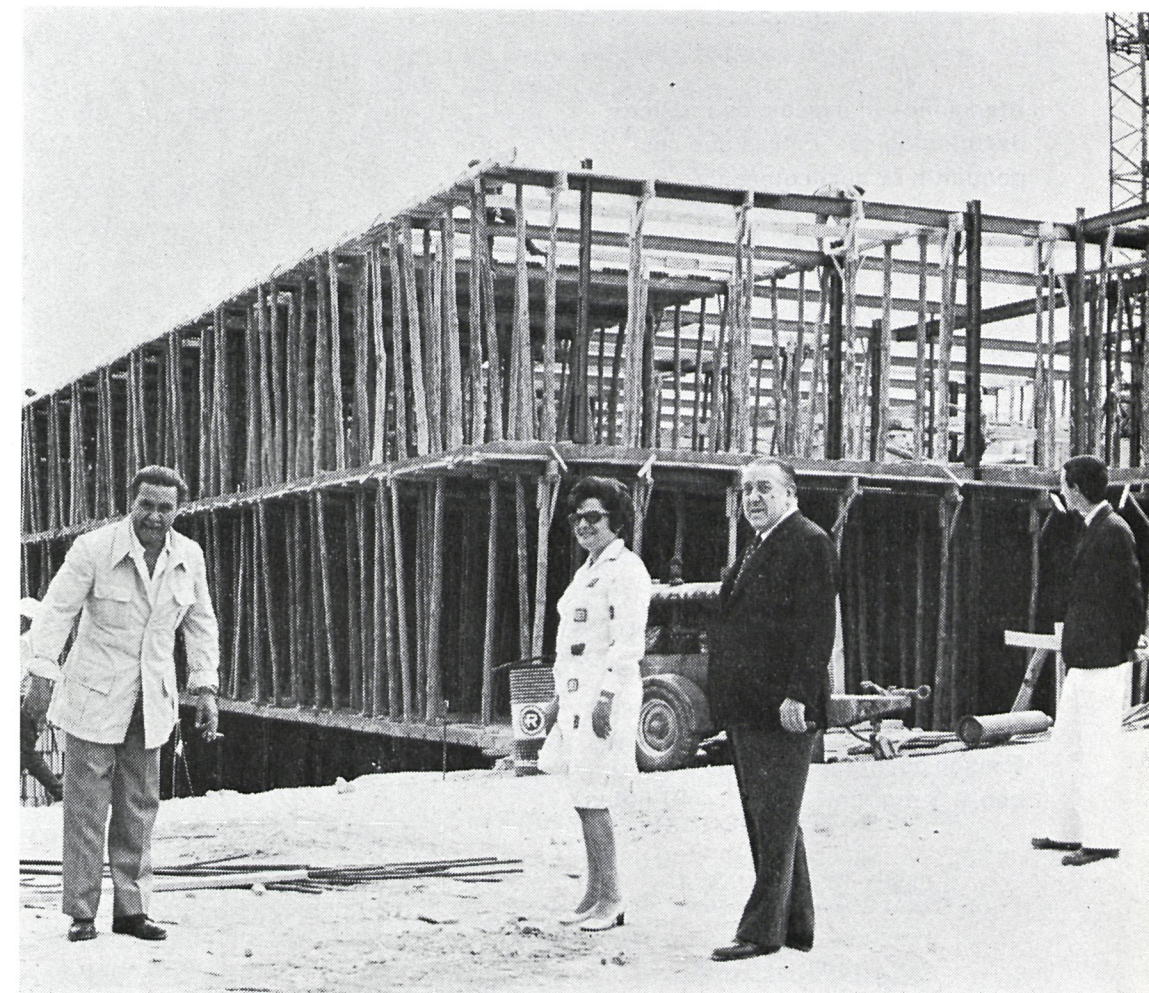
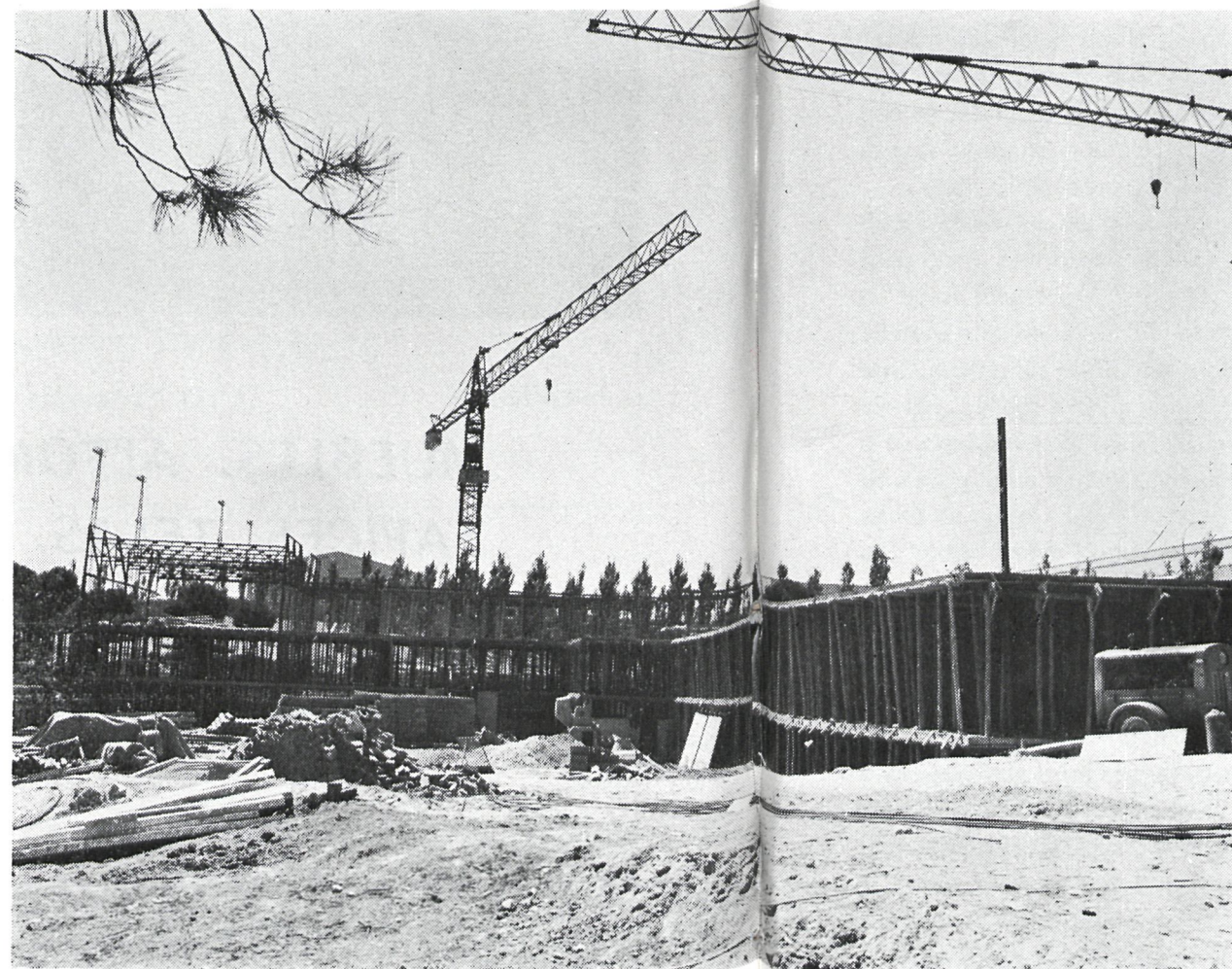


NUEVAS OBRAS

Con las mismas condiciones de habitabilidad, las mismas requeridas por el criterio social moderno, respecto al individuo, independencia y tono que tienen las Ciudades de Ancianos de la carretera de Colmenar Viejo y de Aranjuez, la Diputación construye ahora en Alcalá de Henares una nueva Ciudad de Ancianos, de cuyas obras son muestra elocuente las dos fotos superiores.

Contigua a los locales de la Ciudad Escolar "Francisco Franco", la Diputación Provincial está levantando una residencia para antiguas alumnas del citado complejo escolar con el fin de ofrecerles alojamiento hasta que tengan resuelto su problema de trabajo y, de manera especial, que no se interrumpan las enseñanzas sociales y morales que, con tan espléndidos resultados, imparten en la Ciudad Escolar la Sección Femenina. En la foto, el Dr. González-Bueno en una de sus habituales visitas a la obra, esta vez acompañado por la Rectora de la Ciudad Escolar, señorita Oliva Tomé. (Fotos Leal.)



CELESTONE* GOTAS

(BETAMETASONA)

para una corticoterapia:

**más activa
más exacta
más segura**

el corticosteroide más activo de exacta dosificación y fácil administración para ancianos, adultos y niños con dificultad de deglución o que prefieran la forma líquida.

Indicaciones:

Afecciones alérgicas, reumáticas, dermatológicas y otras que respondan a la corticoterapia.

Posología

y Administración:

Ancianos y adultos: Promedio diario, según la gravedad de la afección, $\frac{1}{2}$ a 3 cm^3 tres o cuatro veces al día.
Niños: Promedio total diario, 5 a 20 gotas kg./día, según la gravedad de la afección, repartido en 3/4 tomas.

Presentación:

Frasco cuentagotas de 30 cm^3
con $0,5 \text{ mg./cm}^3$ $1 \text{ cm}^3 = 40$ gotas

nuevo



ESSEX (ESPAÑA), S. A.
ALCALA DE HENARES (MADRID)

AFILIADA A

SCHERING CORPORATION, U.S.A.

* Marca Registrada

REGALOS CON FIRMA

ES costumbre antigua de las que no pasan, de las que es lo más seguro que de aquí, pongamos a cien años, perdurará, la de los regalos firmados o los del inolvidable olvido, como pudieran ser llamados con título de comedia romántica o de clásico folletín. Comedia folletón sin sexy, claro está.

Unas damas o unos caballeros, o todos juntos, que igual daba que ellas usaran boa al cuello, ellos corbata de plastrón y perla negra, que usen maxi o mini faldismo, ellos de camisola de colores o camisa de seda natural con sujetador de corbata de un club elegante se reúnen un día.

La reunión puede ser en casa de una o uno de ellos, en un restorán con varios —tres por lo menos— tenedores, al terminar una partida de bridge en que la merienda se ha pagado a escote como los pollos de un antaño de cuarenta años pagaban la merienda cuando iban con chicas de excursión a la sierra, en burro se entiende, no en deportivo.

Se reúnen en un algo así como en un almuerzo de trabajo de los de hoy. Allí entre el consomé y la bomba helada se habla de activo y de pasivo... aquí se trata de pensar qué vamos a regalar a don Luis, que se jubila; a los embajadores de..., que se van; al director general que va a dejar de serlo.

Cosas de la edad que corre para todos a velocidades como los bólidos en Le Mans, donde por cierto soñaron y escribieron Alfredo de Musset y Antonio de Saint Exupery, jubilación que llega entre un tinte triste y otro de alegría, marcha de un Madrid placentero, pese a la contaminación atmosférica, hacia un tórrido, gélido, triste y aburrido lugar a servir a su rey o su presidente, cosas de dejar un sillón más o menos de caoba, más o menos de noble pino bronceado como chica de bikini. Sillón que se deja un tanto a lo latino de "motu proprio" o por la voluntad de otro que dice más o menos finamente que "ya está bien".

Entonces los caballeros y las damas que han sido sus amigos, amistad verdadera, "amor sin alas" que decía Lord Byron, los que en su mesa han degustado unos platos que el "inmortal" Savarín hubiera loado en estas páginas e incluso en octavas reales, los que tuvieron acceso a su palco en la ópera o su despacho sin bellas secretarías que llevan en los labios "Voy a ver si está", piensan que hay que hacerles un regalo, un no te olvides, que nosotros tampoco lo hacemos.

Comité al canto. Cartas con letra picuda o de esas

de máquina con una letra que parece de la Imprenta de Ibarra. Cartas a los que no estuvieron contándoles su decisión.

El comité piensa un poco, luego ellas van un poco más de tiendas para ver de encontrar algo, encontrar desde una lámpara a un bastón de mando, un mueble de época que con todos los respetos para la artesanía que los calca sea de verdad, de verdad de los días de la Reina Ana o de cualquiera de los Luises.

Pero todavía hay que pensar más cosas, sí. Como los ministros de Hacienda en días de preparación de presupuestos, hay que tener una reunión extraordinaria. Una reunión que es movida de tiras y aflojas para si se llega a un tabor de la China o un tapiz, a una bandeja o una espada, hasta un libro con Velázquez y el Greco en texto escaso y muchos cuadros, hasta la pitillera de plata si puede ser con rubíes para un día, al amparo de una barra de bar, ofrecer un cigarrillo a una chica, o un negro a un primer ministro después de haber hablado del Mercado Común, sin que por ello no se haya deslizado alguna leve alusión a los mercados del pescado o del pecado.

Hay regalos; ya el libro o la bandeja, la espada en que, apretándose un poco como en los autobuses, comprimiéndose se decía antaño para los de los tranvías que andan en feliz cumpleaños, quepan todas las firmas.

Hay en toda esta historia de los regalos firmados la leyenda. Alusión a un olvido que nunca llegará. Cuando el tapiz o la lámpara o el secretaire se imponen, se firma en pergamino con estuche. Pero los unos y los otros son los regalos firmados y pagados a toca-teja por los regalantes. A veces, cosas de la vida, hay alguno que sin llegar a llamarse a andana, pues se olvida... ya por falta de fósforo, léase memoria, o de numerario, que todo puede darse en la viña del Señor.

Regalos con firma que van a ir a la vitrina del salón, a la repisa de los libros entre Kant y Simenon, colgados del salón.

Regalos firmados que a veces van de un lado para otro llevados de traslados de burocracia o del C. D. Regalos de firmas legibles o que serán misterio incluso para el que recibe el obsequio y que son recuerdos de momentos felices u horas graves. Regalos recibidos entre unas palabritas emocionadas con fondo de cóctel para seguir largos caminos. Rumbos de padres a hijos, a nietos, a biznietos si la cosa va bien, pero que pueden llegar avatares de las generaciones a un puesto del Rastro, a un salón de antigüedades y, pongámonos tristes —un momento tan sólo—, al Monte de Piedad.

Regalos firmados que son y serán al fin y a la postre, aunque éste sea de siglos, los inolvidables olvidados.

Juan SAMPELAYO



GLOSARIO SENTIMENTAL

REQUIEM POR UNA CASA





ESTAN tirando "mi casa". ¿La han tirado ya? Lo han hecho sin compasión. Como si, piedras, ladrillos, hierros, maderas, fueran insensibles —"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, y más la piedra dura porque ésa ya no siente", dijo el vate de "Hispania fecunda"—. Pero sí sienten, Rubén. ¡Y lloran! ¡"Sunt lacrimae rerum"! que decía Menéndez Pelayo con sus clásicos latinos. Yo oí lamentos de

piedras, mármoles, hierros, cuando los últimos moradores del inmueble le abandonábamos —como a un barco que se hunde— definitivamente, cuando seis chicas jóvenes se alejaban sin volver la vista atrás —la juventud no tiene pasado— de la casa que las vió nacer. Y a su madre. Y a su abuela. Y en la cual murieron su bisabuela y su tatarabuela. Ha pasado un siglo. Y los gruesos muros que parecían desafiar al

tiempo —como “las torres que desprecio al aire fueron”...— “a su gran pesadumbre se rindieron”.

Estrecho ligamen el que une familia y casa. “La familia es la casa”, dice Sartre. No, la casa —bien lo saben los gitanos— no hace la familia —como el hábito no hace al monje—. Pero desde antiguo, apenas superado el nomadismo, la casa es el lugar sagrado —el lar, los lares— en que la familia forma su hogar y enciende su fuego (“fogar”=hogar). Y en el transcurso de los años, la convivencia diaria, la perenne comunicación de corazones —sin ella no hay familia— va dejando una estela de recuerdos. Recuerdos inolvidables suelen simbolizar las viejas casas. Desde la que ahora evoco, salió un día una guapa muchacha vestida de novia camino de la iglesia. Luego, año tras año, hasta ocho vástagos visitaron el nuevo hogar. Llegó, después, con el desfile de los años, el de las primeras comuniones. Y un día entre los días salió la hija mayor luciendo galas nupciales para hacer el trayecto de siempre a la iglesia de siempre. Pero aquella alegría llevaba ya la tristeza pegada a los talones. Después... En la vida de toda familia se suceden, como las cuentas de un rosario, dichas y amarguras.

Las familias no sienten ya apego a la casa de sus mayores. ¡Son signos de los tiempos! Antes, la nostalgia del pasado se imprimía como una cicatriz, en el espíritu de cada hombre. Hoy no hay sitio para la nostalgia ni tiempo para el recuerdo. Todo es prisa, todo afán de novedad. No amamos la estabilidad, fuente de paz, sino el cambio, halago de nuestra imaginación. No queremos la vieja casa familiar, sino la nueva más funcional, más luminosa, con menos espacios muertos. La vida no es una dulce, apacible serenidad, sino una noble, apasionante inquietud imantada hacia el progreso a costa de un cierto olvido del pasado. Poco emociona hoy la queda dolorida que el París, ya cosmopolita y ruidoso, de hace un siglo, arrancaba a la pluma ultramontana de Luis Veuillot: “Bien pronto la casa no será más que un

compartimiento de esta formidable hospedería por donde todo el mundo ha pasado y nadie se acuerda de haber visto a nadie. ¿Quién habitará la casa paterna? ¿Quién rezará en la iglesia en que haya sido bautizado? ¿Quién conocerá la habitación donde un ser vino a la vida o lanzó su último suspiro? ¿Quién podrá reposar su frente sobre una ventana donde dejó volar su imaginación en esos ensueños que son la gracia de la aurora en el día largo y sombrío de la vida?” Pero ya no se nace ni se muere en la casa —¿sabes Veuillot?—, sino en la clínica. Que también es fuerte de literatura sentimental. Jóvenes enfermeras van y vienen vestidas con sus graciosos uniformes. Cuando se congregan las de cada sala parecen flores del mismo tallo de un rosal. Y si alguna vez clavan su aguja en el cuerpo de un enfermo, ¡lo hacen con una sonrisa tan encantadora!... Nadie encuentra ya largo el día de la vida. Dura más que antes pero —¡oh paradoja de los tiempos;— es más corto que nunca. Tampoco es sombrío, ni siquiera para los vietnamitas, aunque los aviones sembradores de muerte oscurezcan su cielo. Un rayo de esperanza ilumina los caminos del porvenir.

Están tirando mi casa. ¿La han tirado ya? No importa. Sobre sus ruinas construirán un moderno edificio que hará felices a otras gentes. Y, quienes en la vieja casa vivíamos, intentaremos reconstruir la vida familiar —si así puede llamarse hoy— en otra más moderna, mejor “distribuída”, más aireada. “Gaudemus” debió exclamar —como el ventero del “Quijote”— el portero de la nueva casa al recibir la visita que llegaba para quedarse allí. Sí. Alegrémonos.

Juan Luis DE SIMON TOBALINA